

da, según refiere Austruc estaba costeada por nuestros caudales, explicadas las lecciones por nuestros profesores y arreglada su enseñanza por nuestros libros:»

Las obras de que constaba la Biblioteca del Louvre, según el catálogo de Gil Malet en 1373, eran la mayor parte de autores españoles.

Rassis, Avicena, Albucasis, Avenzoar, Averroes y otros célebres médicos árabes, elevan la cirugía á un notable grado de esplendor en los siglos IX, X, XI y XII, verificándose en esta época operaciones quirúrgicas de importancia; escribieron numerosos tratados de cirugía, y en sus obras hallamos útiles preceptos sobre el tratamiento de las heridas.

Rassis, que floreció en el siglo X, y á quien daban el nombre de Galeno de los árabes, fué el primero que escribió de cirugía militar en su obra *Medicina castrense de los griegos*, y el primero también que se ocupó de la viruela. Preconiza las ventajas de la reunión de las pequeñas heridas por primera intención; se ocupa de luxaciones y fracturas y del uso de algunos aparatos. Su obra titulada *Almanzor*, dividida en diez libros, es un compendio de toda la medicina árabe y un

reflejo fiel de las ideas y doctrinas de los clásicos griegos. De los autores árabes que hay impresos, el más antiguo es Rassis, que murió en el año 220 de la egira (932 de Jesucristo) y se le atribuyen muchas obras que se imprimieron en Venecia por Juan Hertzoq en el año 1500; es una de las más importantes la que dedicó á Almanzor, Príncipe de la familia de los Abasidas.

Abon-Sahal, célebre médico del siglo XI, escribió una obra dividida en cien tratados.

El famoso *Cánon de Avicena* es otro de los libros que más renombre alcanzaron y necesario es reconocer, que en lo relativo á cirujía coleccionó Avicena todo lo más notable de Galeno y Rassis: cuanto encontró consignado en los escritos y en la práctica de los cirujanos árabes, anteriores á él, y contemporáneos suyos. Recomienda la extraccion de los cuerpos extraños. aconsejando se ejecute con prudencia, señala las ventajas de su extraccion y los inconvenientes de las maniobras violentas en armonía con los sanos preceptos de la cirujía conservadora. Ideó varios instrumentos y al tratar de las heridas de los huesos, manifiesta «que consisten en una separacion del conjunto huesoso y que deben curarse de primera intencion en el campamento, procurando

*reponer la posicion y sustancia* que ántes tenían.» Bien podemos ver en este libro un tratado de cirujía de los campos de batalla. Hacemos mencion de Avicena y de sus obras, aunque era Persa, porque se encuentran sus escritos en la Biblioteca del Escorial; nació Avicena en Persia, y ejerció allí su profesion, muriendo en el año 428 de la egira (1036 de Jesucristo.) En la descripcion de las enfermedades sigue el método usual entre los árabes de describirlas desde la cabeza hasta los piés, pero expone primero la anatomía de la parte enferma, con lo que nos demuestra que reconoce la importancia *de la base anatómica.*

Albucasis llamado el príncipe de los cirujanos, que tambien floreció en el siglo XII, compuso una obra de medicina y otra de cirujía que se han impreso, traducidas al latin en 1519. La obra médica es copia de la de Rassis y su cirujía la de Pablo de Egina, pero propone y explica los instrumentos necesarios para cada operacion.

Gerardo Cremonense tradujo directamente del árabe al latin las obras de Avicena y de Albucasis.

Avenzoar, distinguido médico de la escuela de Córdoba (1172), escribió de medicina, cirujía y farmacia, dejando excelentes

manuscritos acerca de las heridas; en su obra de cirugía impresa en Venecia en el año 1542, puede verse la clasificación que hace de las heridas y su curación. Albucasis y Avenzoar se ocuparon de la ligadura de las arterias antes que ningún otro médico, y en el siglo XII eran ya conocidas en España la compresión y ligadura de las arterias.

Avenzoar fué el primero que llamó la atención sobre las parálisis parciales y principalmente la del esófago, é hizo uso con este motivo de la sonda esofágica.

Su discípulo Averroes, sabio médico y filósofo cordobés, vivió en el siglo XII, escribió más de 78 obras y entre sus libros de medicina trató con acierto de las heridas de las arterias y de las venas aconsejando las ligaduras de los vasos. Él y Avicena dieron á conocer el valor é importancia terapéutica del opio; en su famoso libro titulado «Colliget» trata de la *anatomía y de la experiencia*, como bases fundamentales de la medicina. ¡Y estos son también los fundamentos de nuestra cirugía militar!

Han sido muchos los comentadores árabes del Mesué moderno, como puede verse en la edición de Mesué hecha en Venecia en 1581. Juan Damasceno se ha dicho que debió ser el

Mesué moderno y compuso unos aforismos *sobre las cautelas en los remedios y la moderacion en el uso de las medicinas*. ¡Hé aquí tambien los fundamentos de nuestras ideas acerca de la fuerza medicatriz! Freind habla de los Mesues colocando al moderno en el siglo XII y al antiguo en el siglo IX.

Mi buen amigo é ilustrado compañero el médico militar D. Antonio Poblacion, es autor de una excelente memoria premiada en 1862 por la Real Academia de medicina «sobre el origen y vicisitudes de la terapéutica que han usado los cirujanos españoles en las heridas por armas de fuego;» en ella da á conocer un curioso é interesante manuscrito, verdadera joya de nuestra literatura médica que es una *recopilacion anónima* de la cirugía árabe; trata de las heridas, consta de cuatro cuadernos con 336 páginas en castellano.

Al-Bumazar, célebre médico, filósofo y astrólogo, fué autor de varios escritos de mérito en el siglo IX.

Hay en el Escorial 127 códices arábigos de medicina; libros árabes traducidos de los autores griegos, libros árabes sobre las propiedades de los medicamentos, facultades de los alimentos y sobre antídotos; libros de zoolojía como el de Ali-Ben Mohamad-Ben

Abdelazir, escrito en el año 755 de la egira, libros de alquimia y del modo de confeccionar elixires y venenos; el código de Henein hijo de Isaac que dió á conocer las obras hipocráticas y el de Abuzaid-Homin que fué el primero que entre los árabes interpretó á Galeno; un tratado médico anatómico, muchos códigos del célebre Averroes, diez códigos de Avicena, diez y ocho de Rassis y algunos escritos del famoso Avenzoar.

Del siglo XIII hay en la Biblioteca del Escorial un código en vitela traducido del árabe al latin y se ocupa de los aforismos de Hipócrates.

Al difundir los árabes las doctrinas hipocráticas ejercieron tambien una saludable influencia sobre la cirujía en lo relativo á las diferentes lesiones traumáticas y en este concepto debemos recordar los aforismos de Hipócrates que los árabes coleccionaron aplicándolos al pronóstico de las heridas, pronósticos transmitidos despues á nuestra medicina militar como base de sus primeros conocimientos.

La operacion del trepano, las resecciones y las suturas las practicaban con felices resultados como lo manifiesta Avenzohar en su cirujía; idearon diferentes apósitos y apa-

ratos para la curacion de las fracturas y en las obras de Rassis y Avicena, que se conservan en la Biblioteca del Escorial, se hallan útiles prescripciones para el tratamiento de los diferentes traumatismos.

Los árabes no dieron más impulso á la cirujía, porque su religion les prohibió los estudios anatómicos por medio de las disecciones; su abuso de la polifarmacia causó algunos perjuicios á la ciencia, porque al contrario de los judíos que preferian las doctrinas hipocráticas; ellos manifestaban predileccion por las de Galeno y esto nos ha hecho considerar siempre á los hebreos como verdaderos representantes de la medicina hipocrático-española.

---

### PARTE TERCERA

---

GLORIAS DE LA MEDICINA ESPAÑOLA Y PARTICULARMENTE  
DE SU MEDICINA MILITAR. FUNDAMENTOS DE LA MEDICINA  
ESPAÑOLA EN LA BASE HIPOCRÁTICA DE LOS  
CÓDICES DEL ESCORIAL.

La cirujía militar podemos considerarla dividida en diferentes épocas caracterizadas por los distintos períodos de sus indicacio-

nes, relativas al tratamiento de los traumatismos en armonía con las causas vulnerantes que los producen.

Estas épocas corresponden á las de los distintos medios ofensivos empleados por el hombre para la guerra. Curacion de las heridas por arma blanca, curacion de las causadas por armas de fuego y curacion de las producidas en nuestra época por los proyectiles cilindro-cónicos de los cañones rayados.

En la primera época dominó la fuerza corporal en los combates; el predominio exclusivamente muscular, pueblos enteros combatian contra otros, sin más armas que palos aguzados y piedras arrojadas con las hondas. A medida que la civilizacion avanzaba se inventaban nuevos agentes ofensivos: infinita variedad de instrumentos cortantes, punzantes, dislacerantes y contundentes que obligaron á idear la manera de prevenir sus efectos y de ahí el uso de las armas defensivas. Con el descubrimiento de la pólvora cambió por completo todo el sistema de la guerra.

La pólvora y los cañones fueron un agente pacificador que han contribuido á la civilizacion de los pueblos: la artillería del rey derrumbó las fortalezas del feudalismo sepultando entre sus escombros todos los símbolos

de su poder más terrible aún que el del soberano contra quien se revelaban y cuya autoridad desconocian. El ejército de los monarcas impuso á la nobleza el respeto á la paz y un límite á la ambición. Desde entonces la pelea y el combate dejaron de ser la exclusiva ocupación del hombre y el único objeto de su vida; cuidó de su educación intelectual al amparo del ejército y hoy ya no se arma de pies á cabeza como en la edad media, vistiéndose de hierro.

El descubrimiento de la pólvora causó con las armas de fuego una verdadera revolución, y esta época concluye al hacerse uso de las balas cilindro-cónicas de los cañones rayados.

Los efectos de los proyectiles que hoy se emplean son fatales por la naturaleza y gravedad de las heridas que ocasionan y por las fracturas que determinan, haciendo necesarias graves operaciones quirúrgicas, y aumentando de un modo extraordinario el número de inútiles, pero apesar de los mayores medios de destrucción con que cuentan las naciones por los adelantos modernos y por el perfeccionamiento y alcance de las armas de precisión, no por eso es mayor el número de pérdidas sobre el campo de batalla, si las

comparamos con las que habia á principios de este siglo, pues ahora los combates son mucho más rápidos y las pérdidas relativamente menores.

El general Rosencraus, en una curiosa relacion sobre la batalla de Murfreesboro durante la última campaña de los Estados Unidos, manifiesta que de veinte mil disparos de cañon de los unionistas sólo se aprovecharon setecientos veintiocho, y de dos millones de disparos de fusil sólo trece mil trescientos treinta y dos se emplearon con resultado. De estos datos resulta que se necesitaban veintisiete disparos de cañon y ciento cincuenta y cinco de fusil para cada baja, estando los muertos en la proporcion de uno á cuatro relativamente á los heridos. Téngase en cuenta, sin embargo, que estos datos se refieren á un ejército improvisado por las circunstancias especiales de aquel país y cuya organizacion militar, defectuosa en muchos detalles, pudo influir en el éxito de la guerra y en los efectos causados por los proyectiles segun las aptitudes de los combatientes, sitios de la accion y posiciones de los ejércitos beligerantes.

La estadística de las últimas campañas nos demuestra que hay ahora más fracturas

conminutas que ántes, porque eran las balas redondeadas ó esféricas y se deslizaban sobre los nervios y sobre los vasos sin destruirlos y alrededor de los huesos y puntos resistentes sin romperlos, mientras que hoy, siendo los proyectiles rayados y cilindro-cónicos, recorren un trayecto en línea recta, y como son huecos y explosivos se dirijen con mayor fuerza á chocar de un modo violento y de funestas consecuencias contra los tejidos duros.

Estas épocas que hemos indicado son tambien las que ha seguido la cirujía; en la primera, la curacion de las heridas por arma blanca, en la segunda las causadas por armas de fuego y en la tercera las lesiones traumáticas, graves y complicadas.

Aunque hasta el tiempo de los Reyes Católicos no es posible escribir la Historia del Cuerpo de Sanidad militar con una organizacion especial referente á los hospitales de campaña, es necesario, sin embargo, que consideremos á los médicos hebreos como legítimos y primeros representantes de la medicina militar española, cual si hubieran estado revestidos del carácter y atribuciones de jefes de Sanidad de los ejércitos, yá que en esas épocas de continua guerra estuvieron encargados de la asistencia de los Reyes y eran los únicos

competentes para ilustrar la opinion de los Monarcas en todo lo relativo á la salud de las tropas.

Los hebreos Ferragut y Bengesta fueron médicos de Carlo Magno; Amon lo fué de un rey turco; Mayses de Córdoba, del sultan de Egipto; el judío Almeir de Segovia, del Rey D. Enrique III de Castilla; un médico hebreo de Toledo, del Rey D. Fernando IV; el célebre Izchaq, de D. Alfonso VII; Jeudah Mosca, del Rey D. Alfonso el Sabio; Jehudad Rophe, de D. Alfonso XI; Francisco Valois, Rey de Francia, envió un correo al Emperador Carlos V pidiéndole un médico judío y los Pontífices Julio II, Julio III, Leon X, Clemente VII y Paulo III tuvieron á su lado médicos hebreos.

Las inscripciones sepulcrales, honrando la memoria de los médicos hebreos, las distinciones y recompensas que les otorgaron los reyes, el clero y la nobleza, demuestran lo mucho que valian, y al enaltecerlos, creemos rendir un homenaje de respeto á los legítimos representantes del Cuerpo de Sanidad militar, yá que los médicos hebreos fueron por espacio de dos siglos los encargados de la asistencia de los Monarcas de Castilla.

---

Los caldeos y los egipcios fueron los primeros que se ocuparon de medicina, si bien es preciso considerar á los griegos como fundadores de la medicina, constituyendo una ciencia.

Apolo, Esculapio, Podalirio y Chiron son los destellos precursores que, envueltos entre las fantásticas sombras é ideales creaciones de la mitología, anuncian la nueva aurora con que el gran Hipócrates ha de iluminar el mundo al esparcir sobre el horizonte científico las concepciones creadoras del génio y las innumerables riquezas de su poderosa inteligencia, estableciendo la medicina sobre las sólidas bases de la observación y de la experiencia.

Al morir Hipócrates caen en lamentable olvido sus obras: se apodera la filosofía de la ciencia en general, la absorbe y esclaviza, pretendiendo anularla de un modo arbitrario é inconveniente.

Los griegos propagaron la cirugía en Roma, siendo Trifon, Evelpisto y Meges quienes más contribuyeron á ello, en union de los egipcios, ántes del nacimiento de Jesus.

Después de venir al mundo Jesucristo aparecen Celso, Galeno, Pablo de Egina, Alejandro de Tralles (que viajó también por

España) Aecio y Oribasio y dan en Grecia un gran impulso y notable desarrollo á los conocimientos médicos. En la Biblioteca del Escorial están los códices de sus obras.

La escuela de Alejandría fué la depositaria y fiel guardadora de las doctrinas hipocráticas, trasmitiendo luégo esta herencia salvada de entre las llamas de su grandiosa Biblioteca á las escuelas árabes de España. Ellas nos legaron como rico patrimonio en toda su pureza, las ideas sustentadas por el padre de la medicina para perpetuarse en nuestra patria.

Sensible es que si la caridad de Isabel la Católica fundó el primer hospital para la asistencia de sus tropas durante el sitio de Granada, la intolerancia religiosa del Cardenal Cisneros arrojase á la hoguera cinco mil manuscritos árabes al prender fuego á una Biblioteca de la que sólo se conservaron algunas obras de medicina y filosofía que mandó trasladar á su librería de Alcalá de Henares.

El fanatismo de todas las religiones ha sido igualmente desastroso para la ciencia en todos los países, dejando impresas en las diferentes épocas de nuestra historia las sangrientas huellas de su paso, vestigios de destrucción por todas partes, lágrimas é infortunios, ruinas y esterilidad.

Un general sarraceno hizo calentar por espacio de seis meses los baños de Alejandría con las obras de su Biblioteca, pero tambien las tropas de Cárlos V, cuando entraron en Túnez en 1535, saquearon la ciudad, reduciendo á cenizas la mayor parte de los libros árabes de Muley-Hacen. Á principios de este siglo, tanto daño nos causaron los franceses en la guerra de la Independencia saqueando nuestros palacios, templos y museos, como irreparables pérdidas infirieron á nuestra industria y á las artes los ingleses que combatian á nuestro lado como amigos, brindándonos auxilio y proteccion. Al entrar los aliados en Canton y al posar sus plantas en el palacio de Pekin, la destruccion y el saqueo mostraron á los chinos de qué modo los europeos celebran sus victorias. En la primera de estas ciudades tuve ocasion de ver con profunda pena al poco tiempo de estos sucesos, escombros y ruinas que atestiguaban cuánto falta aún á los pueblos civilizados para dar ejemplo á los que no lo son de que saben respetar el derecho de gentes, no vulnerando las sagradas leyes de la humanidad que Dios inculcó en la conciencia.

Al través de muchos siglos, de las vicisitudes de los tiempos de los horrores de

la barbarie, del dominio de la ignorancia y de las tinieblas del fanatismo, no se han olvidado en España las doctrinas Hipocráticas y los sábios preceptos de los autores griegos, poniéndolos en armonía con los progresos de la ciencia; por eso nuestra cirugía militar ha sido siempre conservadora.

Los que juzgan á la medicina patria con despreciativo desdén ó con sobrada ligereza é injusticia, que se detengan á recorrer las gloriosas páginas de su historia y verán que no por ser modesta se la han de negar su mérito indisputable en todas épocas y los beneficios que ha prestado al ejército, á la humanidad y á la ciencia.

Las doctrinas Hipocráticas nos han hecho partidarios del método espectante, y hoy, teniendo en cuenta los medios de curacion de que dispone el cuerpo de Sanidad militar y el perfeccionamiento del material de ambulancias, trasporte y conduccion de heridos, podemos decir Descaine: «en el estado actual de la cirugía las amputaciones son la excepcion y la regla, la conservacion de los miembros;» recordemos cómo dice el ilustrado jefe de Sanidad Hernandez Poggio en uno de sus excelentes libros con que ha enriquecido la literatura médica «que la gloria de la medicina

española se funda en los miembros que salva y no en los que amputa.»

Las obras de Hipócrates, difundidas y comentadas en España como en ninguna parte, nos han enseñado á emplear siempre con circunspeccion y prudencia los medicamentos heróicos simplificando nuestra materia médica, para no perturbar á la naturaleza. Los médicos militares españoles, permaneciendo fieles á su bandera Hipocrática, no han olvidado en el tratamiento de todas las enfermedades, y muy especialmente en la curacion de las heridas por armas de fuego, que existe un poder superior al medicamento y á la operacion quirúrgica y al que con más ó ménos propiedad se le ha dado el nombre de fuerza medicatriz. De ella y de su intervencion en todos los actos orgánicos y en los accidentes morbosos han querido prescindir algunos y sobre todo las escuelas materialistas. Los que todo lo esperan de la accion terapéutica de los medicamentos, los que todo lo fundan en la habilidad de la medicina operatoria, los que desean manejar el organismo humano á su antojo sin acordarse de las leyes vitales, del mismo modo que se gobierna una máquina sujeta á las leyes de la mecánica y con la precision matemática de la industria

en todos sus actos, es necesario que se convenzan de que, al emplear un medicamento ó al intervenir la cirugía de una manera activa, hay que contar, más aún que con estos medios, con el organismo en general.

Es indudable que existe en el organismo una fuerza de reacción contra las afecciones que le invaden y hay una tendencia reparadora que procura contrarestar todas las influencias, gérmenes y elementos morbosos que acosan al hombre desde el momento en que se halla en el claustro materno. Con el auxilio de esta fuerza combate denodado, y aún envuelto en las convulsiones de la agonía, pretende vencer las causas destructoras de la vida! En el último estertor del moribundo concluye y se extingue la aspiración constante de la naturaleza á la conservación.

Nos detenemos algo y nó todo lo que deseáramos en esta rápida ojeada de la medicina Hipocrática, como base y fundamento de la medicina española, porque los muchos códices existentes en el Escorial nos obligan á ello; su lectura ha sido tan provechosa á nuestros médicos en general y á los militares en particular, que imbuidos en estas ideas y educados en esta escuela no han interrumpido nunca con medicaciones intempestivas los

esfuerzos saludables de la naturaleza que en todas sus manifestaciones obedece á determinadas leyes y períodos. En emplear con oportunidad los medicamentos, conociendo cuándo hay que permanecer pasivo ó cuándo es preciso auxiliar á la naturaleza, en esto sólo estriban los fundamentos de la cirugía conservadora y del método espectante. Por eso dice nuestro célebre Andrés Piquer en sus comentarios al libro de los pronósticos de Hipócrates: «si los médicos observan atentamente, hallarán que hasta en el modo de morir guarda leyes constantes la naturaleza.» «Nunca en los principios de las enfermedades agudas arroja los humores, que son la causa de ellas, porque por una de sus inviolables leyes trabaja en vencer y en superar esta causa, y habiéndolo logrado, la echa fuera del cuerpo: sucede en esto lo mismo que en la coccion y madurez de las frutas, las cuales piden cierto tiempo en que trabaja la naturaleza para llevarlas á su perfeccion.» «Creen los médicos que las enfermedades son ciertos entes que existen, y corren las leyes de nacer y morir, lo cual ejecuta cada una de ellas en varios tiempos y para cumplirlo gasta distintos espacios, *ni más ni ménos que sucede en las plantas.*»

Y para que se vea cómo Piquer interpre-

taba las obras de Hipócrates, yá que de ellas nos ocupamos, no puedo resistir al deseo de trasladar el párrafo siguiente: «Conviene considerar si en la medicina hay fuerzas ó nó para quitar la enfermedad *ántes de su término*, porque si no las hay es una grande imprudencia y muy mala conducta del médico el empeñarse que ha de quitarla ántes del tiempo que á ella corresponde fenecer: lo que conviene hacer entónces es fortalecer la naturaleza, que es el máximo de todos los remedios para que, teniendo fuerzas, no sea superada del mal.»

«Ciertos remedios son tales, que no pueden hacer provecho si se aplican mal, y estoy admirado de ver la facilidad, presteza y poca reflexión con que hoy se arrojan algunos á practicarlos, debiendo siempre tener la mira á que si no son tan dichosos que no alcancen á quitar la enfermedad, á lo ménos quédeles la satisfacción de que no han dañado al enfermo.»

Hé aquí expresadas en Hipócrates y propagadas por Piquer las ideas del método expectante y los fundamentos de la medicina española: téngase presente que el método expectante no es el excepticismo y la indiferencia terapéutica; es el empleo del medicamento en tiempo oportuno y en dosis conveniente.

La química moderna y los adelantos de la higiene han sido de gran utilidad á la medicina favoreciendo el método espectante al simplificar la terapéutica.

No es posible, sin embargo, conceder á la química que forme por sí sola un sistema médico, porque ántes que las leyes químico-orgánicas están las leyes vitales independientes de la materia; pero hay que reconocer la importancia de la química en la patología y en la materia médica actual. Por su influencia se han condenado al olvido esas antiguas recetas de diferentes medicamentos, cuyas combinaciones se desconocían, ignorándose lo que de ellas resultaba y su manera de obrar. A causa del atraso de la química y del abandono de su estudio, se prescribían tantos y tan extrambóticos remedios, á los cuales se concedieron virtudes maravillosas. Hoy nos parecen inverosímiles y reflejan claramente el fanatismo y superstición de ciertas épocas, las extravagantes fórmulas que se encuentran en varios libros y que he visto en algunos códigos, donde figuran, como sucede en los tratados de cirugía, capítulos enteros relativos á las úlceras mágicas, *ó producidas por fascinación, brujería y maleficio.*

Paracelso Helmoncio y Agrícola indica-

ron diferentes medicamentos para curar las ulceraciones mágicas; otros preconizaban que se suspendiesen del cuello de los enfermos ciertas plantas medicinales, que se hiciera uso de cenizas de bruja quemada en las hogueras ó de polvos de virtud maravillosa aunque de origen muy sùcio, como excelentes específicos de sobrenatural poder para ahuyentar maleficios y conjuros. Gracias á la química y á los progresos de la ciencia en general, yá no se emplean la ceniza y aceite de alacranes, los polvos de liebre degollada, ni los de lombrices de tierra en cocimiento de garbanzos negros; tampoco se usan el remedio árabe de la ceniza de vidrio para combatir los cálculos de la vejiga, ni la sangre de cabron, segun indicaba Avicena cuando aconseja que se mate al animal apacentado con hinojo en la época de la maduración de la uva y que se recoja su sangre en el centro de la degolladura práctica, porque sólo de ese modo es provechosa.

La materia médica ha proscrito las perlas y las limaduras de huesos humanos; yá no se practican exorcismos ni se aguarda como ántes para la administración de un medicamento la influencia necesaria del sol y las estrellas.

Las obras clásicas; los códices griegos, arábigos, latinos y castellanos de medicina de la Biblioteca del Escorial, son la expresión del genio; y no se crea que deseamos poner en evidencia los defectos científicos y las preocupaciones supersticiosas de la medicina antigua, tan digna de veneración y de respeto: señalamos sus errores, pero reconocemos los progresos, y aún á veces, por no ser legítimos como las reputaciones usurpadas, también los limitamos. Al invocar las excelencias de la medicina militar española, queremos demostrar que ha seguido con fruto las huellas hipocráticas en donde encontró la base fundamental de sus ideas vitalistas. En las obras de los médicos griegos no se hallará la verdad científica de hoy, pero sí un gran criterio filosófico y profunda observación. Demostrar los adelantos modernos no es abjurar de los conocimientos de otras épocas y de su gloriosa historia. Si la terapéutica y materia médica, la anatomía, la medicina operatoria, los medios de exploración y el apoyo de las ciencias auxiliares, han elevado á prodigiosa altura los estudios médicos, siendo muy grande la distancia á que han quedado relegados los antiguos, nada en cambio ha añadido de nuevo la ciencia moderna á las magníficas descrip-

ciones patológicas, á los reflexivos pronósticos y útiles consejos que, basados en la observacion y en la experiencia, sólido fundamento de la medicina griega, nos han legado entre otros, Hipócrates, Galeno, Pablo de Egina, Alejandro de Tralles, Aecio y Oribasio en las páginas que immortalizan sus nombres en los códices del Escorial y en los libros de la Biblioteca de impresos de dicho Monasterio.

Tambien la química ha expulsado de sus laboratorios á los alquimistas y á los magos, que al amparo de la supersticion antigua, se escondian en el misterio de lúgubre mansion, entre lechuzas y escorpiones, águilas y esqueletos, entre calaveras y astrolabios, frascos y redomas, hornillos y alambiques, entre viejos pergaminos roidos por el tiempo é infolios amarillentos por los años; esos eran los asilos de la ciencia al dar sus primeros pasos envuelta en el misterio de la nigromancia; hoy no se impone yá con el terror, ni intimida el espíritu entre tinieblas; hoy la ciencia habla á la razon, convence y persuade mostrando el esplendor de sus verdades á la clara luz del día.

El cristianismo se ocultó en las catacumbas de Roma y la ciencia en la soledad del claustro; las bellas artes se guarecieron en los

templos; las aspiraciones de la libertad se escondían en la lógiá y sólo Jesús predicó siempre sus doctrinas á la luz del sol para que los fulgores de la verdad divina iluminasen la conciencia de igual modo que difunde el sol sus rayos por los ámbitos del mundo. Todas las verdades de la tierra, todas las invenciones de los hombres, han nacido aprisionadas, han reclamado apoyo ó el favor del Poderoso; Jesucristo es la excepcion; su cátedra tuvo por techo la bóveda azul del firmamento, por límites el espacio; los ecos de su voz retumbaron en lo infinito y la humanidad despertó regenerada de su letargo de abyeccion de tantos siglos al escuchar las palabras de paz del Redentor proclamando el imperio de la justicia y la santidad de los derechos.

El cristianismo rompió las cadenas de la esclavitud; levanta iglesias por todas partes, vive entre todos los cultos, y sobresale, como el más bello de los símbolos religiosos, la cruz del catolicismo, emblema de amor y de justicia; la ciencia es patrimonio de la humanidad, las bellas artes lo abarcan todo y no buscan como ántes su exclusiva inspiracion en los altares; los derechos del hombre no germinan en el club con ódios, venganzas y terror; no quieren tormentas de motin ni

tempestades revolucionarias, que hieren como el rayo, sin respeto y sin piedad; ahora se legislan los derechos en los Parlamentos, se reclaman en la prensa y en los tribunales, se consignan en los libros y los escribe la humanidad en su conciencia. La sociedad católica no representa esclavitud, ni pide privilegios, ni desea inmunidades, porque no es ni puede ser el hombre como Bonald queria, sólo tradicion y autoridad.

Arnaldo de Villanueva y Raimundo Lulio son las dos figuras más notables de la medicina española en el siglo XIII; de ámbos hay muchos códices en el Escorial. Merecen detenido exámen los capítulos VI y IX del libro III de la obra de Arnaldo de Villanueva, acerca de las costumbres de las mujeres de su siglo. Fué el segundo autor que ha escrito de medicina militar en su obra de «*Regimini Castra,*» que consideramos como el primer tratado de higiene dedicado al Ejército. La primera obra que con el título de «*Medicina militar*» se escribió en España, fué la de Rassis, «*Medicina castrense de los griegos.*» Hay tambien en el Escorial el antidotario médico de Arnaldo de Villanueva, código del siglo XIV, un código del siglo XV sobre la lepra y otro muy curioso de principios del

siglo XVI, «Vida de los filósofos.» Son notables por el criterio médico que revelan sus parábolas, donde se encuentran también útiles consejos en pro de la especulación en medicina y en favor de la prudencia terapéutica; citaremos las siguientes: «Antes de conocerse la especie de enfermedad y la causa próxima, debe regirse el enfermo con sólo atemperantes y con medios inocentes.» «Aquello que es más apropiado á la naturaleza del sugeto, es lo que más le conviene.» «Á cualquiera que se le pueda restituir la salud por alimentos, se debe proscribir el uso de las medicinas.» «En los niños y en los viejos se ha de temer el recetar, en los jóvenes se ha de desconfiar también del continuo uso de los remedios.» «Todo aquel que es amigo de recetar ó de medicinarse, pronto llorará las incomodidades de la vejez.»

Por último, y como bellísimas máximas higiénicas de la convalecencia, expone: «Á los convalecientes sólo les conviene la pureza y calma del aire.» «La mansion inficionada por la enfermedad pasada y larga se opone á los progresos de la convalecencia como una insalubre cárcel.» «El convaleciente incauto recae pronto.» No es posible describir con ménos frases el estado moral de la convalecencia

cuando dice: «Con dulces cantares y amenas vistas se restablece el ánimo de los convalecientes.»

De Raimundo Lulio hay en la Biblioteca del Escorial muchos é interesantes códices de filosofía, medicina, física, alquimia y astronomía, que mencionaremos en el lugar correspondiente.

Gutierrez de Toledo enriqueció la terapéutica con el uso de las aguas minerales artificiales en el siglo XV. Pedro Pintor, famoso médico valenciano, da á luz varios libros de medicina y cirugía y Francisco Villalobos publica en 1498 su obra en romance «Sumario de la medicina.»

Los primeros autores que se ocupan de heridas por armas de fuego son del siglo XVI, y entre ellos recordaremos á Juan de Vigo en 1525 y á Alfonso Ferro en 1553, que juzgándolas envenenadas, abusaron de un modo perjudicial de las cauterizaciones, del aceite hirviendo y de las sajas; el empleo del hierro y del fuego, de que tanto se abusó, comienza á decaer á fines de ese siglo, y son los cirujanos españoles los que más á ello contribuyen.

Hidalgo de Agüero establece los principales fundamentos de la cirugía conservadora, aplaza la extracción de los proyectiles y de los cuerpos

extraños, preconizando las curas tardías; pero no puede dársele el título de cirujano conservador, porque abusó demasiado de las cauterizaciones; empleaba el agua en las heridas demostrando conocer perfectamente sus buenos resultados en los traumatismos.

Dionisio Daza Chacon es otro de los célebres médicos del siglo XVI. Fué cirujano de los tercios de Flandes en 1543, prestando los servicios de su profesion en Alemania en los ejércitos de Carlos V. Combatió las ideas de Juan de Vigo y de Alfonso Ferro, que juzgaban envenenadas las heridas y con su tratamiento modificó la *Cirujía militar*, anticipándose al cirujano francés Ambrosio Pareo en la ligadura de las arterias; los cirujanos españoles ligaban las arterias en el siglo XVI, siguiendo la práctica de los árabes. Fué Daza Chacon el primero que escribió de las heridas de arcabuz, ocupándose de medicina militar.

Luis Llovera de Ávila publicó en el siglo XVI su bellissimo libro «Vergel de Sanidad» y Juan Calvo en 1557 la obra «Cirujía universal y particular.» Andrés de Leon escribe varios tratados de Medicina y cirujía y se dedica con provecho á los estudios anatómicos. Mucho contribuyeron los médicos españoles á los progresos de la anatomía, y yá en

1448 estaban autorizados para las disecciones, descollando entre otros, Servet, Villalobos Montaña, Laguna y Valverde, que corrigió en algunas cosas al famoso Vesalio. Jabar, médico de Felipe II, construyó unas estatuas anatómicas de sedas, que llamaron la atención en España y en Europa. Nuestra escuela de medicina del Monasterio de Guadalupe fundada en 1322 tenía concedida orden para abrir cadáveres, y Ceballos y Arceo, entre otros médicos célebres, siguieron en ella sus estudios.

Andrés Laguna, médico de la corte de Carlos V y del Papa Paulo III que le nombró Conde Palatino, recorrió varias naciones de Europa, propagando en todas partes sus conocimientos anatómicos y su ciencia; es uno de los ilustres varones que más honraron con su talento y abnegación profesional las páginas de nuestra Historia.

Luis Vasseau, médico catalán, publicó en 1540 las tablas anatómicas del cuerpo humano, y Pedro Gimenez dió á la prensa unos excelentes diálogos de anatomía. Bernardino Montaña imprimió en Valladolid en 1551 la «Anatomía del hombre» y Juan de Valverde su historia de la composición del cuerpo humano en 1556, ilustrándola con un